

**PREGÓN EN HONOR
A SANTA CATALINA,
PATRONA DE JAÉN**

RAMÓN MOLINA NAVARRETE
JAÉN
Teatro Darymelia
21 de noviembre de 2010

Vengo con humildad a vuestro encuentro.
Me subo a esta tribuna de oradores
y, emocionado, os digo que agradezco
vuestra ilustre presencia, vuestro ánimo,
vuestra entrega callada, vuestro empeño
en hacer un Jaén más grande y noble,
vuestra lucha sin tregua, vuestro anhelo
porque nunca se apaguen tradiciones
ni herencias heredadas de otros tiempos...
Ésas que vienen llenas de semblanzas,
de experiencias vividas y recuerdos,
de memorias sentidas y de crónicas
traídas por crisoles de oro viejo,
manos antiguas, rotas, agrietadas...
que forjaron vivencias y desvelos,
que sembraron semillas de esperanza...,
y cogiendo los frutos nos los dieron
de fe por nuestros padres, para siempre
—en cadena de amor— los traspasemos
a nuestros hijos, y ellos a sus hijos,
y a los hijos de hijos, con denuedo,
como rueda girando por la historia
en señal de unidad hacia lo eterno.

Qué hermoso es comprobar que en ello estamos.
Que queremos seguir este relevo
de conducir la antorcha de que somos
por los llanos y montes y senderos
de los siglos, conscientes y orgullosos,
encendida por más que sople el viento,
y llueva la mentira, y se nos quiera
desvestir la conciencia de sus sueños,
y busquen arrancarnos los valores,
y ensuciar la esperanza que nos dieron,
y pisar las creencias que mamamos...
Encendida hacia Dios, hacia su encuentro,
hacia el brillo de sol de su grandeza,
hacia el hermano pobre, hacia el enfermo,
hacia el niño indefenso aun no nacido,
hacia el anciano triste y el hambriento.

Encendida la antorcha, aunque no quieran,
aunque nos pongan hielo y tropecemos
en la piedra mayor del hedonismo.
Encendida de paz y de respeto,
encendida de amor y de perdón
alumbrando la luz del universo.

Me subo a esta tribuna como amigo
que viene a pregonar lo que nos dieron
nuestros mayores. Ésos que pisaron,
desgastando la lumbré de sus huesos,
por los mismos lugares que pisamos
y quisieron lo mismo que queremos.

Y entre lo que queremos, esta fiesta
de venerar a quien por este pueblo
se dio, y defendió, y protegió
sin pedir otra cosa que silencios;
de venerar a Santa Catalina,
virgen mujer y mártir, sabio ejemplo,
testimonio de darse sin medida,
Patrona de Jaén, rosa del cielo.

Vengo con humildad, Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Centenaria Real e Ilustre Cofradía de Santa Catalina, dignas autoridades, hermanos cofrades, fieles devotos de ella, jiennenses amantes del arte y la cultura, amigos..., vengo con humildad a pregonar la Romería de la Santa Patrona de Jaén... Y lo hago desde la gratitud profunda por concederme este honor de darme la oportunidad de hacerlo desde este escenario del que tantos gratos recuerdos conservo..., y agradeciendo, cómo no, también a mi presentador sus palabras de evocación hacia mi persona, tan generosas y llenas de amistad. Gracias, Manolo López Pérez, por esa semblanza que me has regalado brotada de tu mano de sabio y erudito maestro.

Y con humildad, una tarde, me fui en busca de esta Santa mujer llena de juventud y de belleza que nos muestra su imagen venerada. Y la encontré en la iglesia parroquial de la Inmaculada y San Pedro Pascual, ya que su capilla en el castillo permanecía cerrada por obras. Me postré ante ella y repasé su historia... Y no pude menos que sentir tristeza... Pensé en aquellos tiempos ya pasados, en aquellos primeros jiennenses cristianos que tras la reconquista de la ciudad por Fernando III en 1246 aquí se quedaron para repoblarla, sabiendo que a poca distancia estaban las huestes musulmanas al acecho para regresar, como ya había sucedido en otras fechas y con otras poblaciones jiennenses, con la intención de recuperarla.

Y es que Jaén era un bocado demasiado exquisito como para una vez perdido no echarlo de menos. Y se sufrieron embates, acometidas, irrupciones..., una y otra vez. Y resistieron. Aquellos hombres y mujeres llegados de los dominios del norte y aquí aposentados resistieron, sabiendo que lo hacían, primero por su propia supervivencia, segundo porque habían hecho de Jaén, desde la primera hora de pisarla, su tierra y la

tierra de sus hijos, para ser después la tierra de sus padres, y tercero por la fe en el Dios en el que creían y por el que estaban dispuestos a dar la vida.

Pero aquellas gentes, aquellos primeros caballeros y damas que anduvieron por estas calles nuestras, rodeados de no pocos seguidores del Islam que prefirieron quedarse bajo la semblanza de su castillo y envueltos por la luz especial de este cerro misterioso bajo cuyos pies se abría como flor de luna llena la ciudad, necesitaban para resistir la fuerza de la protección. Jaén era lugar fronterizo, y una y otra vez andaba en la angustia de tener que resistir a continuos asaltos y ataques musulmanes. Estaba claro que por sus propias fuerzas no podían hacerlo, y hallaron en Santa Catalina, como una precursora de María Santísima que estaba por llegar en cuerpo y alma a pisar este suelo, como lo fue San Juan Bautista de Jesús, la mano defensora, el escudo protector y la fuerza animadora. Ella era un ejemplo. Ella se había enfrentado, en su ciudad de Alejandría, allá por principios del siglo IV, nada menos que a todo un poder imperial.

Recordemos que Santa Catalina, mujer culta, formada, de gran inteligencia, llena de Cristo, pretendió convencer, según cuentan los santorales, nada menos que al emperador Maximino Daia, del error de adorar a los ídolos y proponer que los habitantes de la grandiosa ciudad acudieran a ofrecer sacrificios a los dioses, bajo la pena de castigos severos a quienes se negasen.

El cristianismo se extendía y el emperador quiso, como otros antes, cortar por lo sano. Catalina se negó a la imposición. Y enfrentándose al poderoso emperador con las armas de la palabra intentó convencerlo. Maximino, un tanto confundido, le propuso un nuevo encuentro en presencia de sus sabios. No hubo problema. Catalina se enfrentó dialécticamente a aquellos reconocidos y afamados personajes, en torno a cincuenta, y los derrotó con razones y argumentos, y sobre todo con esa autoridad que emana sólo de aquéllos que se saben libres porque conocen la verdad. El sol, decían los sabios, es el verdadero Dios al que adorar, bajo el nombre de Apolo. Él nos da la luz, el calor, hace que las estaciones se sucedan, cuida de los campos, da vida... El sol, respondió Catalina, no es otra cosa que un astro creado por Dios, una diminuta ascua al lado del resplandor de toda su grandeza..., tan poca cosa, que hasta se oscureció al expirar Jesús en el madero.

Irritado Maximino por su poder de convicción, mandó ajusticiar a todos los sabios claramente derrotados, y más cuando percibió que estaban dispuestos a abrazar el cristianismo. A Catalina mandó golpearla y encarcelada, pero como viera que hasta la emperatriz y el jefe de las tropas al visitarla se convirtieron, enojado, definitivamente la condenó al martirio de la rueda. Pero ésta saltó en pedazos nada más rozar su cuerpo. Todos vieron en ello un nuevo milagro que se hacía realidad en esta mujer joven y buena, un nuevo milagro que fructificaba en multiplicadas conversiones. Entonces, enfurecido hasta el extremo, el poderoso emperador mandó decapitarla de inmediato. La cabeza de Santa Catalina rodó sobre el espacio de la intolerancia y la ceguera, y su sangre se derramó como semillas de trigo por el viento de la historia para crecer en trigales de fe por no pocos lugares del mundo, entre ellos Jaén, que supo valorarla y tomarla no sólo como ejemplo sino como emblema protector ante aquéllos que pretendían imponer su fuerza y su obstinación.

Aleandría alzabase en el mar
de hacerse sol que mira hacia el oriente.
Mercaderes en busca de sus sueños,
razas entrelazadas, pueblos, gentes
distintas, conviviendo, compartiendo
un camino de paz donde perderse.
Ideas al galope de la vida.
Esperanzas y credos diferentes...
Y en medio, como brote de ternura,
una mujer de espuma como nieve
mostrando al Dios cristiano desde el alma
para clavarlo al hombre y no perderse.
Ella, muchacha andando entre la luz
del faro que ilumina eternamente,
la doncella de nácar, la sencilla
mujer de la pureza, la valiente
semilla en tierra fértil, la más docta
arquitectura al viento de prenderse.
Ella, la que jamás quiso inclinarse
al frío de los dioses, la más fuerte
en la flor conquistada a lo baldío,
la que enfrentóse a sabios y hasta a reyes
la que buscó morir a renunciar
a la fe de la fe que quema y prende.
Ella, que tiene nombre de universo,
de rosa de cristal que nunca hiere:
Catalina, la joven virgen mártir,
la que Jaén alzó, resplandeciente,
para hacerla estandarte de sus días
y lumbre de sus noches para siempre.

Viva, pues, Catalina, nuestra Santa,
hoguera de los hielos de noviembre,
Patrona centenaria que nos guía
y nos cuida de amor hasta la muerte.

Sabio Jaén que tomó a una mujer por Patrona. Adelantado Jaén a su tiempo al abrazar a una mujer como protectora y guía. Fíjense, amigos, que Jaén no buscó a un poderoso guerrero, ni a un insigne obispo, ni siquiera a un santo de tantos como la iglesia venía canonizando... Tomó como guardiana y defensora a una mujer, joven, hermosa, pura, culta, elocuente, sabia, de palabra convincente, de verbo, de acción, de paz, de esperanza, valiente, sin miedo, formada, inteligente, entregada, preparada para decir las verdades a quien fuese necesario, dispuesta a sufrir por su fe, capaz de morir por amor, capaz de dejar de ser para ser de Dios. Qué grande Jaén por confiar en una mujer, cuando la mujer sufría una tremenda discriminación. Extraordinario Jaén cuando, además, algo más tarde, y tras su descenso por estas calles, nombra también a María, la Madre de Dios, Patrona de la ciudad... Dos mujeres copatronas. ¡Qué maravilla! Hermoso ejemplo para aquéllos que siguen viendo en la mujer un ser de segunda,

capaces incluso de creer que son objetos, meras posesiones, a las que se les puede golpear, herir e incluso destrozar y matar.

Desde aquí, y bajo la presencia e influencia de la Virgen María y de la Santa, quiero confesar mi amor, respeto y admiración por la mujer, ese ser tan especial que ha sufrido a lo largo de la historia no pocas humillaciones, discriminaciones y sometimientos; esa criatura tan sublime, capaz de engendrar en su seno un nuevo ser y convertirse en madre, capaz de sufrir como nadie desde el silencio, capaz de sacrificarse sin descanso por los suyos y por los demás, capaz de dar su vida entera por amor. Como hizo María Santísima, y como hizo Santa Catalina, y como han hecho millones de santas mujeres a lo largo de la historia, y como hacen miles y miles de mujeres hoy, a nuestro lado. Benditas seáis, mujeres aquí presentes, y benditas mujeres jiennenses de todos los siglos, creyentes y de gran corazón, porque para vosotras será la mejor morada en el reino de los cielos.

Sabio por todo ello Jaén. Éste Jaén a quien queremos, por el que sufrimos y por el que daríamos cuanto fuese preciso y necesario. Para Jaén, para vosotros, jiennense de corazón, hombres y mujeres que tanto hacéis por este pueblo y tanto dais, este poema brotado de lo más hondo:

Jaén es un abrazo que cura las heridas.
Una lámpara azul que reconquista el alma
cansada de abandonos, oscura de sí misma.
Una lumbre de paz, inextinguible y blanca.

Jaén se extiende siempre más allá del olvido.
Te limpia con su paño la frente ensangrentada.
Te besa los mutismos de amores ofrecidos
y te guarda en su sueño de nube y esperanza.

Jaén me llega dentro, me da de su conciencia.
Me huele a sencillez, a redondez sagrada.
Me presta un sorbo fresco de flor de primavera.
Jaén me sabe a pan y aceite de su entraña.

Jaén me mira siempre desde su cerro arriba.
Su silueta me sigue, me guía su atalaya.
Su castillo es mi norte, lucero en pleno día,
y en la noche es poesía colgada de su magia.

Jaén es una historia que viene de lo eterno.
Su suelo está sembrado de invisibles pisadas
que viven con nosotros, entrecruzados tiempos
en dimensiones nuevas. Presencias que no callan.

Prehistóricos cazando los misterios de estrellas.
Guerreros que llegaron buscando su mañana.
Musulmanes de luna tejiendo sus leyendas.
Cristianos convidando al vuelo de sus alas.

Jaén, cual universo de figuras ausentes,
nos muestra relicarios de piedras consagradas.
Sus calles hablan versos de nostalgia, y sus gentes
llevan entre sus venas raíces milenarias.

Jaén es madre y novia, esposa fiel y noble.
Jaén es la pastira que en su belleza danza.
Jaén, a quien la busca, le responde y lo acoge.
Jaén es la hermosura de amor multiplicada.

Todo en Jaén se viste de color del ingenio.
Pintores dibujando perfiles sin palabras.
Poetas recitando sonidos de silencio.
Artistas en su cena, cenando la elegancia.

Jaén es sólo eso: un cuadro en la pared
del despacho de Dios que en su ternura guarda.
Un cuadro en que se adentra, feliz, de vez en vez,
para andar el camino de saberse en su casa.

Sabio Jaén que amó a Santa Catalina de Alejandría, y que tanto llegó a quererla que la hizo artífice de su propia historia de reconquista. Y a ella le atribuyeron el éxito de la toma de esta ciudad. Ella fue quien, llamando con misteriosa dulzura al rey Muhammad I, Alhamar, al asomarse éste por una de las ventanas del castillo, le lanzó su rueda de cuchillos, decapitándolo. Huyeron los moros ante el prodigio y Fernando III, que cercaba la población, pudo tomarla sin necesidad de combate alguno. Es más, hasta se decía que fue la misma Santa quien se acercó hasta el lecho del rey castellano para hacerle entrega de las llaves de la ciudad.

Y aquellas gentes, ávidas de milagros, necesitadas de la protección celestial, hambrientas de la ayuda divina que los fortaleciera y los animara..., lo creyeron así, y, para que todo cuadrara, pasado un poco el tiempo, hasta concretaron que el día de la toma de Jaén no fue otro que el 25 de noviembre, festividad de la Santa mujer de Alejandría.

Patrañas, dirán algunos. Mentiras, falacias, cuentos, leyendas medievales tergiversadas y engrosadas a lo largo de los años.

Y puede que quienes lo dicen tengan razón. Ahora ya no estamos por creernos cualquier cosa. Ahora tenemos una mente más pragmática, científica, empírica, realista, materialista. Ahora somos perfectos santos tomases: si no vemos no creemos.

Y llegamos a la conclusión, después de contumaces investigaciones históricas, que, efectivamente, Jaén no fue reconquistada el día de Santa Catalina, sino entre marzo y abril. Y que la Santa de Alejandría no decapitó a nadie, y menos al moro morador del castillo, que murió veintiséis años después, y tampoco fue ella quien puso en manos del santo rey las llaves, sino que fue el mismo Alhamar quien lo hizo al rendirse en pacto de vasallaje. Y es más... Ahora llegamos incluso a poner en duda la existencia real de Santa

Catalina. Aunque esto no es nuevo. Ya en el siglo XVIII, Siglo de las Luces, de la Ilustración, el benedictino Dom Deforis, declaró que gran parte de la historia de esta mujer era falsa, llegando a tener tanta repercusión sus palabras que no sólo hizo que el pueblo llegara a perder la devoción por la Santa, sino que la fiesta de Santa Catalina desapareciera del Breviario de París. Porque claro: ¿Quién puede creer que una simple muchacha pueda enfrentarse a todo un César, señor del imperio? ¿Ni qué de que convenció a cincuenta sabios de sus errores y que, además, se convirtieron? ¿Y quién puede aceptar que al tocar la rueda del martirio su joven perfil de virtuosa elegida, madera y cuchillas estallaran en pedazos? ¿Cómo puede ser además que una chica culta, joven y bella prefiriera morir virgen antes que renunciar a sus creencias? ¿Y cómo puede ser que su cuerpo fuera transportado por ángeles hasta ser depositarlo a los pies del Monte Sinaí?... ¿Qué documentos originales así lo testifican? ¿Qué restos arqueológicos así lo clarifican? ¿Qué evidencias así lo legitiman?

Y como no hallamos pruebas que se puedan ver, tocar y palpar para creer, no sólo lo ponemos en duda sino que lo negamos.

A nuestros antepasados, a nuestros bisabuelos no les hacía falta para creer más que las pruebas de la misma fe. Y bastaba. Porque para ellos, la mayoría gente humilde, lo importante no era la fecha exacta, o los datos concretos, o los detalles físicos..., para ellos lo fundamental era la esencia de la historia, aunque se fuese revistiendo de adornos, tergiversaciones y exageraciones al cabo de los años; lo significativo era el mensaje que se transmitía, la raíz que los agrupaba, los sostenía, los identificaba y los unía... Como pasa con los evangelios, donde lo primordial no son los datos biográficos o plenamente históricos acerca de Jesús, su Madre, o los apóstoles, que de ello sabemos bien poco, sino que lo importante es el mensaje, el verbo revelado, la palabra que salva, el misterio del reino de Dios..., lo demás sólo son intrascendencias, cuestiones accidentales que no son ciertamente necesarias. Aunque tampoco podemos excluir la posibilidad de que la vinculación de la Santa con Jaén provenga de que en algún momento determinado, tras la toma de la ciudad, algo importante sucediese en ella en relación a los conflictos contra los nazaríes, en el día de Santa Catalina o alrededores, con tal consideración popular que con el paso de los años y la mezcla de contenidos, inevitable en toda transmisión oral, ello diera lugar a considerarla artífice de la verdadera toma de la ciudad. O como dicen otros, que se vinculación con Jaén proviene de que fue ella quien reveló a Fernando III que si se hacía fuerte en el asedio, la ciudad se le rendiría. También pudiera ser que si el rey Fernando permaneció en Jaén ocho meses, cabe la posibilidad de que su despedida coincidiese con la festividad de la Santa y antes de partir pusiera, dentro de algún acto religioso de relevancia, bajo su amparo y protección la ciudad. Pero bueno, como nada de esto está documentado ni demostrado, dejémoslo en simples conjeturas.

Pero esta es la época en que nos ha tocado vivir. En un nuevo siglo de las luces interesadas, del relativismo, el vacío intelectual, la mediocridad, el pasotismo, el egoísmo, el vivir que son dos días. Todo ha de ser esquemático, concreto, demostrable, empírico, analizable. Una época donde no hay lugar para la poesía, ni el romanticismo, ni la imaginación, ni los ideales. Y nos da igual que Santa Catalina sea la patrona de Jaén como si deja de serlo. Y nos importa poco si los cristianos son perseguidos o dejan de serlo. Por lo que nada decimos si medio mundo se levanta por la simple amenaza de pretender quemar un pastor luterano un Corán –hecho, y quiero que quede claro, irrespetuoso, indigno e intolerable- y, sin embargo, nadie, o casi nadie, dice nada por

quemarse todos los días en infinidad de lugares del mundo no sólo Biblias, sino iglesias, o lo que es peor, cuando día sí y otro también se detienen, son torturados y asesinados infinidad de cristianos, como en Argelia, Indonesia, Sudán, Corea del Norte, China, Nigeria, Uganda..., o hace sólo unos días, en Bagdad, donde fueron masacrados más de medio centenar de católicos por el simple delito de acudir a una iglesia para celebrar la Eucaristía..., o ayer mismo, cuando la cristiana pakistaní Asia Bibi, ha sido encarcelada y condenada a la horca por ser cristiana... Terrible Pakistán, donde incluso se llegó hace pocos meses a la tremenda paradoja de negar, tras las tremendas inundaciones, la ayuda de alimentos a los cristianos que allí residen si no se convertían al Islam, y eso que la mayoría de productos que llegaban provenían nada menos que de Cáritas. ¿Y qué? ¿Hacemos mucho por evitar esto desde nuestro mundo occidental que tan culto, libre, justo, tolerante y solidario decimos que es?... Palabras, sólo palabras... Mas benditos sean también estos cristianos perseguidos, porque de ellos, sin duda, son los primeros puestos en el reino de los cielos.

Qué triste todo esto. Qué pena que el mundo haya progresado tanto en ciencia y tan poco en valores y sabiduría. Qué pena tanta mentira y odio y muerte. Qué pena tanta sombra y tanta oscuridad... Que de seguir así, empeorando a nivel de conciencia y formación, camino del sálvese quien pueda, no podrá terminar bien. Porque cuando hayamos perdido nuestras identidades, nuestras raíces, nuestras herencias de siglos y nuestras tradiciones..., sin ser suplidas más que por nada, por vacíos individualistas y hedonistas..., vendrá, si no se autodestruye antes el hombre, el derrumbe de esta civilización... Y ya derrumbada, sin valores morales, de sus cenizas sólo podrá surgir otra inimaginable, con toda seguridad sometida por ideologías y creencias tremendamente radicales e intransigentes. Se hace preciso, por lo tanto, una parada en la reflexión para salir de tanta noche oscura, de buscar que raya el día, que las personas toman el camino del verdadero bien común... Es necesario, amigos, que despunte el alba, que haya una nueva claridad..., que amanezca el hombre.

Si no amanece el hombre no hay futuro.
Si no rompe las sombras no hay mañana.
Porque el mundo anda gris y en su manzana
un gusano la muerde en diente oscuro,

al tiempo que la araña de lo impuro
teje su tela negra en la persiana
del corazón, a ras de su ventana,
a la caza del sueño de amor puro.

Si no amaneces eres la mudanza
del no ser al no ser tras ser la nada.
Rescoldo de ceniza hacia lo inerte.

Si no amanezco soy desesperanza,
árbol sin hojas, carne acribillada.
Si no amanece somos sólo muerte.

Estamos obligados, amigos, a amanecer en nosotros mismos, y hacer una sociedad más unida y fraternal, pero al mismo tiempo más respetuosa, de todos para con todos. Una sociedad donde ser seguidor de Jesús de Nazaret, y de la Virgen María, y de Santa Catalina, se respete. Sabiendo también que debemos respetar a los demás. Ofreciendo nuestra fe, no imponiéndola. Consistiendo nuestra ofrenda en palabra, pero sobre todo en hechos, siendo consecuentes, demostrando que nuestra forma de pensar y de vivir está llena de valores y nos hace más esperanzados, más justos, fraternales, comprensivos, bondadosos y más felices.

Es el tiempo, por lo tanto, de los verdaderos seguidores del Señor. Es el tiempo, cofrades, de serlo de verdad, de dar testimonio desde los talentos que cada uno poseemos, de pensar menos en las glorias externas y más en las vivencias internas. Es hora de la valentía, de desechar complejos, de aunar esfuerzos, de no andar a la gresca entre nosotros. Es hora de ser cristianos verdaderos, que no simples cumplidores encerrados en sus rituales, de ser cristianos las veinticuatro horas del día, sabiendo que lo que hagamos por los demás, en especial por los más necesitados, se lo hacemos a Dios..., y sabiendo que más pronto que tarde nos llamará el novio y ha de encontrarnos con el candil encendido como prueba de que no andábamos dormidos en los laureles de las vanidades y las miserias.

Es tiempo también de respetar nuestra Historia y de conservar nuestras tradiciones, como la verdadera Navidad de paz y amor; nuestra Semana Santa de auténtica muerte y resurrección; nuestras hermandades de ayuda y convivencia, de pasión y de gloria; nuestra romería de Santa Catalina, sin que se nos vulgarece ni se nos desnude de su esencia. Nuestra romería ha de ser la romería de acompañar de corazón a Santa Catalina hasta su capilla en el castillo... Ese espléndido castillo, tan lejano y tan cerca, que tanto simboliza.

Castillo de Jaén sobre su cerro:
En el día esplendor majestuoso.
En la noche luciérnaga de oro.
Y por siempre carroza de misterio
llevada por la cruz hacia el asombro.

Este castillo que cada día, desde que vivo entre vosotros, camine por donde camine, siempre sale a mi paso y siempre me sorprende, por lo que desde aquí, aprovechando que él también está íntimamente relacionado con nuestra Santa, quiero dedicarle, además de los versos anteriores, este soneto:

Castillo de Jaén, siempre presente.
Coloso protector sobre la altura.
Atalaya de noble arquitectura.
Ventana a la presencia de lo ausente.

Castillo de Jaén, constantemente
guardando a esta ciudad con la armadura
de su piedra de historia y de aventura.
Caballero de honor. Huella ascendente.

Castillo de Jaén, la fortaleza
que se hace ascua de luz, mágico velo,
cuando la noche en ella se extasía.

Castillo de Jaén eres belleza,
sueño, vuelo de amor, balcón al cielo...
Castillo de Jaén, eres poesía.

Nuestra romería, amigos, ha de ser una romería verdadera, una auténtica ascensión al castillo de la vida. Una ascensión al monte Carmelo del que nos hablaba San Juan de la Cruz, el monte que lleva a las alturas de las negaciones y el desprendimiento, de reconocernos pequeños, coleccionistas de nada, simples motas de polvo y levedad, para así tomar parte de la presencia del Espíritu..., y hacernos de paso un poco más místicos. Nuestra romería ha de ser la romería de sabernos, en pleno mes de frío y hojas caídas, constante primavera de hojas perennes. Nuestra romería que ha de ser la romería de la fiesta comunitaria, la comunión, la adoración y la oración. Nuestra romería ha de ser la romería de la alegría, la paz, la convivencia y la hermandad, compartiendo el pan y el vino, y las exquisitas y típicas sardinas, cómo no, y los diferentes manjares, así como los característicos vestidos..., siendo todo de todos, dando lo que tenemos, conquistando amigos, construyendo ciudad, haciendo, sencillamente, un Jaén más grande. Nuestra romería ha de ser la romería de un pueblo que quiere seguir siendo un pueblo leal, agradecido y fiel a su historia, y que busca dejar en heredad amorosa a los que nos sucedan el testigo que recibimos de nuestros honorables y sufridos antepasados, nuestros queridos, valerosos y admirados padres. Nuestra romería ha de ser la romería de mirar a Santa Catalina de frente, con el corazón abierto, con fe, y, por su intercesión, pedirle a Dios por cuanto necesitemos y necesiten los demás, pedirle, en definitiva por un mundo mejor, más en paz y más justo.

A ti, Santa Catalina,
la de la dulce mirada,
la de cabellos de lluvia,
la de la frente preclara,
la de la rueda en los pies
para nunca hacerte nada,
porque sólo con tocarte,
con rozar tu carne blanca,
se rompería en pedazos,
vencida y avergonzada.

A ti, Santa Catalina,
la de la palma y la espada,
espada para morir
y palma para la gracia
de vivir eternamente;
la joven hermosa y sabia,
la virgen mártir y noble,
la sencilla, la muchacha
que cruzó la vida pronto,
entre arañazos de escarcha...

A ti, Santa Catalina,
nuestra luz en la jornada,
nuestra romera mayor,
nuestra pastira más santa,
nuestra nube protectora,
nuestra doncella sagrada...

A ti, Santa Catalina,
oasis de luna y agua,
la Patrona de Jaén,
la que va dentro del alma
de los jiennenses humildes,
de los pobres siempre en ascuas,
de los que no saben mucho
ni son doctos en palabras
pero saben desde niños
que tienen a quien los guarda,
que tienen quien los protege,
quien los cuida y quien los salva...

A ti, Santa Catalina,
la más pura y la más sabia,
la que guardó esta ciudad
de asaltos y de batallas,
la dueña de su castillo,
la dama que fe regala,
la doncella de ojos claros
y corazón de esperanza...

A ti, Santa Catalina,
a ti vengo esta mañana,
con las manos hacia arriba,
la conciencia envuelta en calma
y la sangre de rodillas,
a pedirte en forma clara
por tu pueblo, por sus gentes,
por el amor sin distancias
que nos dieron nuestros padres,
por su herencia regalada,

por los que están, y se fueron,
y vendrán, por los que callan,
por los que creen y no creen,
por sus risas y sus lágrimas,
por todos cuantos un día
fueron parte de tu hazaña...
También por el mundo entero,
por los pobres, los que andan
coleccionando tristezas
y dolor en las entrañas.
Los hambrientos y sedientos,
los presos de la ignorancia,
los esclavos del poder,
los que no saben de infancias,
los que no tienen amor,
los que sueñan que sus llagas
las lame un perro de estrellas
y de golpe ya no sangran.

A ti, Santa Catalina,
quiero mirarte a la cara
y decirte que nos lleves
de la mano de tus alas
por el sendero de Dios
que siempre en gozos acaba;
y en la vida nos consueles,
nos alumbres con tu lámpara,
nos protejas y nos guíes,
y en hora de la desgracia,
de la aflicción y la muerte,
del adiós a esta morada,
intercedas por nosotros
para gozar en la estancia
del gran castillo mayor
donde todo es luz y savia.

A ti, Santa Catalina,
la jovencita más santa,
en nombre de tu Jaén,
la ciudad que tanto amas,
quiero pedirte perdón
por tanto olvido y desganar,
y decirte que te amamos,
y darte, amiga, las gracias.

